

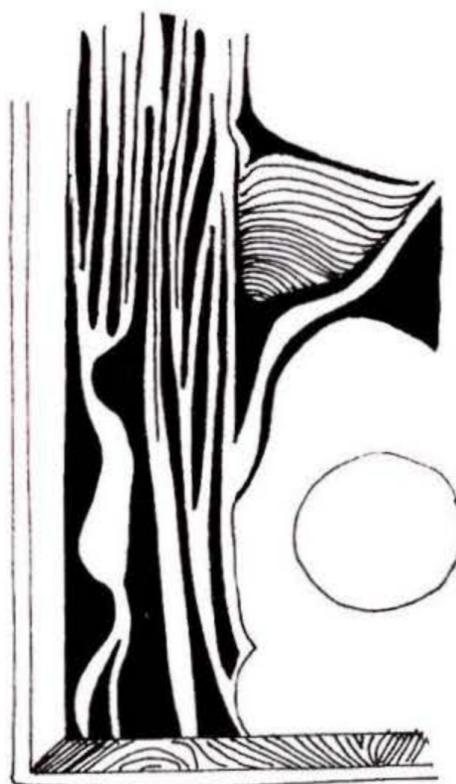
territorio de la infancia y defenderlo de las huestes del olvido y de la mano domesticadora del adulto".

Aunque los méritos de *Antología: Los mejores relatos infantiles* saltan a la vista, no está de más consignarlos. Su autora, en una admirable labor de arqueología literaria, ha esculcado en bibliotecas para desempolvar libros y revistas y rescatar textos no sólo representativos de diferentes estadios de la evolución de las letras para niños en Colombia, sino portadores, en su mayoría, de valores que los hacen atractivos y enriquecedores para los lectores (niños y adultos) de la contemporaneidad. El rompecabezas de esta especialidad literaria en el país estaría lamentablemente incompleto si desconociéramos —como hemos desconocido durante tantos decenios, a causa de la "fiebre del olvido"— piezas tan valiosas como los cuentos escritos por Santiago Pérez Triana, Ecco Neli y Oswaldo Díaz Díaz. Imposible, así mismo, ignorar, una vez conocido, el poético relato *El osito azul*, de Lilia Senior de Baena (evocador, por su fineza y melancolía, de las páginas de Andersen), que sale a la luz, como del sombrero de un mago, para quedarse en el recuerdo. Interesante la posibilidad de hallar coincidencias y analogías entre el humorismo que se pone de relieve en Víctor Eduardo Caro y el que propone Triunfo Arciniegas; entre la aproximación a los temas históricos realizada por Carlos H. Pareja (Simón Latino) y por Jairo Aníbal Niño; entre el tratamiento fantástico de los cuentos de María Eastman y los de Clarisa Ruiz; entre el lirismo de Amira de la Rosa y la vocación poética de los relatos de Leopoldo Berdella de la Espriella o Pilar Lozano. Y concluir reconociendo que nada sale de la nada, que todo tiene una semilla y un porqué.

Este libro es una contundente respuesta a quienes aseguraban, desde la cómoda ignorancia de quien no busca e investiga, que no existía una literatura infantil en

Colombia. Beatriz Helena Robledo ha congregado a sus más ilustres antecesores, a los escritores que a partir de los años treinta se empeñaron en renovarla y a las voces que, en la actualidad, la enriquecen. Leer el volumen es ir de sorpresa en sorpresa, agradecidos por tanta revelación desempolvada.

El prólogo convida a adentrarse en las páginas de la antología buscando vertientes que, desde temprano, se insinúan en la evolución nacional de este género: la recreación de la literatura de tradición popular, las historias de temática fantástica e imaginativa, los relatos que encuentran en el realismo y en la mirada crítica del entorno su razón de ser. De esa manera, resulta posible trazar un mapa, apreciar constantes, crecimientos y matices.



Decía, al principio de esta nota, que no existe una historia de la literatura infantil de Colombia. *Antología: Los mejores relatos infantiles*, con su revelador prólogo y su rigurosa selección de textos ordenados cronológicamente, la prefigura. Después de ejecutar un proyecto de esta magnitud, la autora tiene ante sí el reto de profundizar en sus indagaciones, de adelantar un levantamiento más minucioso de antecedentes meritorios en otras regiones del país y de darse a la tarea de contar una historia sumamente

interesante, que llevará implícita la transformación de los conceptos de infancia y de creación artística para la niñez.

ANTONIO ORLANDO
RODRÍGUEZ

1. Constituyen antecedentes el artículo de María Clemencia Venegas incluido en el número especial de la revista venezolana *Parapara* dedicado a la literatura infantil de América Latina (Caracas, Banco del Libro, 1984), y la ponencia "Literatura infantil colombiana: hilos para una historia", presentada por Beatriz Helena Robledo en el II Congreso Nacional de Lectura de Colombia y publicada en las Memorias de dicho evento (Bogotá, Fundalectura, 1995).

Pioneros del conocimiento de Colombia

Paul Rivet, estudioso del hombre americano

Antonio Orlando Rodríguez
Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 1998, 63 págs., il.

Ezequiel Uricoechea, el niño que quería saberlo todo

Celso Román
Colciencias, Panamericana Editorial,
Bogotá, 1998, 75 págs., il.

Colciencias nos ofrece una necesaria y oportuna colección divulgativa, con el apoyo de Editorial Panamericana, orientada al público infantil y juvenil, sobre personajes colombianos, prioritariamente científicos. En la presente reseña nos ocuparemos de dos títulos que forman parte de tal colección: *Paul Rivet, estudioso del hombre americano* y *Ezequiel Uricoechea, el niño que quería saberlo todo*. Los dos libros, como todos los de la colección, tienen un texto investigado y escrito por un especialista en literatura infantil y juvenil, acompañado de viñetas e ilustraciones alusivas al escrito o a la ciencia dominada por el personaje.

En el de Paul Rivet (1876-1958), Antonio Orlando Rodríguez cuenta la vida y obra del eminente etnólogo francés, para lo que se valió de elementos cotidianos en la vida del sabio: el libro, el reloj, el estilógrafo, los anteojos, el cuaderno, el llavero. Cada uno de ellos cuenta la relación que tuvieron con el sabio e ilustran un período de su vida. En general está muy bien investigada la vida del padre de la arqueología, etnología y antropología colombianas y se deja en claro por qué se interesó por los indígenas americanos, tanto del presente como del pasado, se reseñan los numerosos viajes que realizó al nuevo continente, las razones por las cuales estuvo radicado en Colombia entre 1941 y 1943, las relaciones que estableció con ciertas figuras colombianas de la ciencia y la cultura como con sus discípulos del Instituto Etnológico Nacional, que se convirtieron en multiplicadores e investigadores de la ciencia del hombre en Colombia. Reseña sus libros más importantes, sus esfuerzos por llevar a término el Museo del Hombre (1937) en París y sus actividades políticas en contra del fascismo y el nazismo, su papel como aglutinador, en Colombia y en otros países americanos, de los asilados y emigrantes. En algunos aspectos el biógrafo se queda corto, como en explicarle al lector quiénes fueron Marcel Mauss y Lévy-Bruhl, célebres antropólogos que formaron a Rivet y orientaron toda una época de la sociología y la antropología francesas. Dentro del texto aparecen algunos nombres que sería bueno incluir en la colección: Gregorio Hernández de Alba, Sergio Elías Ortiz y el eminente sabio cubano don Fernando Ortiz. Hay un aspecto que vale la pena resaltar: Paul Rivet fue el fundador (4 de julio de 1941) e impulsor del Instituto Etnológico Nacional, entidad que en 1953 cambió su nombre por el de Instituto Colombiano de Antropología (Ican) y que acaba de ser fusionado con el Instituto de Cultura Hispánica en un entuerto que se va a llamar Instituto de Investigaciones Culturales.

Rivet le dio un énfasis particular al Instituto Etnológico, el cual continuó Luis Duque Gómez y por años funcionó con ese criterio. Aunque hemos sido críticos de muchas de las políticas a veces erradas del Ican, en materia de investigación y en su manejo administrativo, consideramos que ha hecho cosas importantes, como la Revista Colombiana de Antropología, la publicación por excelencia de la antropología colombiana, para que de un momento para otro se lo elimine, como si la tradición y el prestigio no tuvieran nada que ver.

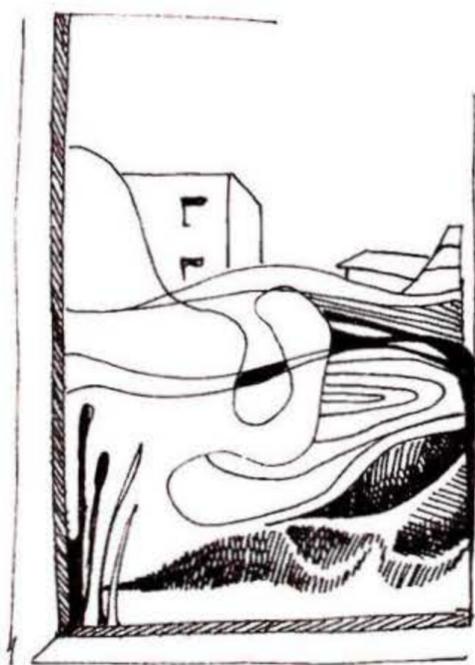


El libro sobre Ezequiel Francisco de Asís Uricoechea Rodríguez (1834-1880) de Celso Román cuenta en sus diez cortos capítulos momentos de la vida de Uricoechea que permiten al lector reconstruir el perfil del eminente científico y filólogo bogotano. A diferencia del autor del libro anterior, el de éste recurre más a la fantasía para hilar la narración: Simbad y Scheherezada, figuras de *Las mil y una noches*, junto con Bachué, Bochica, Chía, Kue, Xie y Fu, del panteón mitológico muisca, acompañan al héroe de la historia durante 42 de sus 46 años de vida. Interesante recurso que permite comprender por qué Uricoechea fue un apasionado investigador y estudioso tanto del pasado indígena chibcha como del árabe. Otra particularidad del texto es que el autor contex-

tualiza históricamente los diferentes momentos de la corta pero fructífera vida del biografiado.

En general, el trabajo adelantado por Román es muy cuidadoso y clarifica algunas de las predilecciones políticas e intelectuales de Uricoechea, e ilustra, con cierto lujo de detalles, su lucha por distinguirse como científico y filólogo en un medio bastante hostil: su odio o resquemor hacia los jesuitas, la intolerancia del medio académico colombiano del siglo XIX para comprender a una inteligencia fuera de lo común, la búsqueda, fuera de las fronteras nacionales, en Estados Unidos, Alemania y Bélgica, de una preparación adecuada a sus intereses, los esfuerzos por publicar en Europa su más importante obra, *Memorias sobre las antigüedades neogranadinas* (Berlín, 1854). Su vinculación a partir de su retorno, en 1857, como catedrático, al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y a importantes empresas culturales y científicas como El Mosaico y la Sociedad de Naturalistas Neogranadinos, entidad ésta última con la que un eminente grupo de neogranadinos (Liborio Zerda, Juan Manuel Aguilar, Alejandro Linging y Florentino Vezga) quisieron retomar los estudios botánicos y naturales iniciados por la Real Expedición Botánica (1783-1816) y continuar los de geografía y otras ciencias que tan brillantemente había impulsado la Comisión Corográfica (1850-1859), la que se constituye en un importante punto en lo que a la historia de las asociaciones científicas en el país se refiere y a la de las publicaciones científicas, pues en los tres años de existencia logró publicar tres números de *Contribuciones de Colombia a las ciencias y a las artes*. Las continuas guerras civiles que afrontó la naciente nación fueron un impedimento importante para muchas de las realizaciones de Uricoechea, pues ideas y proyectos fue lo que tuvo el sabio; sin embargo, con esfuerzo y consagración al trabajo logró publicar *Mapoteca colombiana* (Londres, 1860) y durante ocho años (1860-1868) se dedicó a viajar por el

territorio nacional profundizando sus conocimientos lingüísticos y etnológicos, observaciones y reflexiones que se encuentran en su libro *Viaje al Meta*. En 1868, tras una breve incursión en la política como director nacional de instrucción pública, durante los cortos días de dictadura de Tomás Cipriano de Mosquera (29 de abril de 1867 a 23 de mayo del mismo año), Uricoechea viajó —decepcionado con su patria y frustrado por haber tratado de hacer ciencia en un país siempre convulsionado por la guerra y la violencia— nuevamente a Europa, en donde trabajó en diferentes empresas no siempre rentables y que lo alejaron parcialmente de sus intereses científicos, que se concretaron en cuatro diccionarios de lenguas indígenas (chibcha, paez y guajiro), que en la actualidad son referencia importante para los estudios lingüísticos, y *Bibliografía colombiana* (1874). Se hizo profesor de árabe en la Universidad Libre de Bruselas, cátedra que regentó hasta su muerte, el 21 de julio de 1880, en Beirut. Se echan de menos, en el trabajo de Celso Román, aspectos personales de la vida de su biografiado, pero de todas formas es un importante aporte al conocimiento de un gran colombiano y proporciona valiosos elementos para la historia de la ciencia nacional.



Sea, pues, bienvenida esta colección de Colciencias y Editorial Panamericana, pues sin lugar a dudas

contribuye al conocimiento de nuestra a veces vilipendiada y maltrecha nacionalidad. No dejamos de señalar que, si bien la colección está dirigida a los niños y jóvenes, los padres y el público en general pueden encontrar en ella una lectura agradable e instructiva.

JOSE EDUARDO RUEDA
ENCISO

La cámara como detective

Foto Reporter. Carlos Rodríguez

Ricardo Aricapa Ardila

Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Universidad de Antioquia, Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, 1999, 178 págs., il.

En 1991 el Área Cultural del Banco de la República en Medellín presentó la exposición *Carlos Rodríguez, reportero gráfico*, acompañada de un catálogo ilustrado con una selección de la obra del fotógrafo, y un texto de Hernán Gil Pantoja. En esta publicación se traza una breve reseña biográfica de Rodríguez (Yarumal [Antioquia], 1913), quien puntualizó sobre su trabajo: "...No puedo decir que fui o que soy fotógrafo, fui un reportero gráfico [...] reportero gráfico y no fotógrafo de prensa... son dos cosas distintas". Retomar esta precisión es pertinente porque, una vez observada a la luz de la historia de la fotografía nacional y regional esta nueva selección, queda claro que el principal valor del archivo de *Foto Reporter*, nombre comercial que empleó Rodríguez durante muchos años, es fundamentalmente de carácter documental, antes que "estético" o "artístico", preocupaciones que no formaron parte de los intereses del autor, a diferencia, por ejemplo, de Melitón Rodríguez. Este valor documental se ha acrecentado con el paso del tiempo, dadas la transformación de la

ciudad de Medellín, la desaparición de los retratados y el olvido de noticias importantes o triviales que captó con el afán del día a día.

El libro del periodista Aricapa presenta una reseña de la vida poco común del fotógrafo, enmarcada en el contexto social que le tocó en suerte. El texto es ameno e identifica los momentos más importantes de su trayectoria, aunque carece por completo de referencias documentales y está salpicado de esa molesta informalidad en el lenguaje que ha hecho carrera entre ciertos comunicadores sociales. En la diagramación, que incurre en ocasiones en silueteados de mal gusto, no se le da la importancia debida a una imágenes que por derecho propio la tienen, y se encuentran fotos innecesarias por triviales o intrascendentes.

A pesar de que se reitera que Rodríguez trabajó durante el período 1940-1980, la casi totalidad de las imágenes incluidas datan de las décadas de 1940 y 1950, por lo que se trata de una selección que deja un vacío de dos decenios. Acaso ello se debe, en parte, a que el fotógrafo arrojó al río el paquete de negativos que falló en adquirir el departamento de Antioquia por falta de fondos, pese a lo dispuesto en un acuerdo del concejo de 1975, y a que el periódico *El Colombiano*, por su parte, le compró diez mil fotos, en cuya inclusión en esta publicación hubiera podido pensarse. Sin duda una selección más rigurosa, una más amplia cobertura cronológica y la necesaria elaboración respecto al lugar que ocupa esta obra en la historia de la fotografía antioqueña habrían contribuido a que el contenido de la publicación estuviera más acorde con la excelente calidad editorial que ofrece.

De las fotos que se han publicado de Carlos Rodríguez no son muchas las memorables pero son numerosas las de interés documental. Entre las primeras, donde se reúne con fortuna la oportunidad periodística, la calidad estética y el poder de comunicación, cabe mencionar, por ejemplo, *Carlos Rodríguez, Alfonso Robledo, Mery González y Tartarín Moreira* (1943), que es un excelente